



EL MOTÍN

Año XLII

Madrid, Sábado 9 de Septiembre de 1922.

Número 34.

De jueves á jueves

Conforme al deseo de todos, la enfermedad del general Burguete no es de cuidado. No le ha impedido volverse enseguida á África, y, á poco que se cuide, tampoco le impedirá irse á Alhucemas el mejor día.

Y si la enfermedad no se lo impide, menos se lo impedirán las graciosas resoluciones de gobierno que nos brindan palabras oficiales y artículos efímeros. Por un lado *La Epoca* diciendo que á Alhucemas hay que ir, pero que no quiere decirse que haya que irse ahora, aunque tampoco puede negarse que habrá que ir cuando llegue el momento. Por otro lado Sánchez Guerra declarando pomposamente y como quien dice grandes cosas, que en el problema marroquí tiene la mayor importancia el factor tiempo; con lo si no pudiera afirmarse de todos los problemas posibles, que hay que esperar la oportunidad para afrontarlos y resolverlos.

Para gobernar y para escribir periódicos oficiosos, es una garga eso de que sólo se haya definido época fija para los naúbs, que ya se sabe que han de ser en Adviento. De las demás cosas se dice sólo que han de ser á su tiempo, y así resulta tan fácil dárseles de personaje sentencioso y conservar una apariencia de autoridad con los Altos Comisarios que llevan el gato al agua ó la gastritis á la plaza de Oriente.

Y que nuestros políticos son los únicos para consolar á cualquiera Maura padre, Maura hijo, Romanones, don Melquiades, todos se desviven por anunciarnos las mayores calamidades en la cuestión de Marruecos y en las demás cuestiones. Y cuando ellos lo dicen...

Al cabo en sus manos ha de estar, y los tales son como el doctor Sangredo, que no se equivocaba nunca cuando pronosticaba que iba á morir se un enfermo á quien él asistía.

La característica de la vida oficial de España en estos tiempos es la más baja de todas: la característica policíaca.

El jefe Superior de la Policía de Barcelona, culpa á las garantías constitucionales de que no estén detenidos los saltadores del tren de Pueblo Nuevo, y lamenta que no puedan su-

primirse «ciertas formalidades judiciales». Por ejemplo, digo yo, las que no permiten cazar á las gentes en masa y apretar á quien parece bien para que se confiese culpable de lo que se quiera.

El Gobierno, por su parte, encuentra irreplicable que un jefe superior de Policía declare incompatible su función con la ley fundamental del Estado.

Podrá decirse que es la lucha de siempre: la del Estado por mejorar derechos, y el ciudadano por entenderlos. Pero no siempre han sido políticos nuestros políticos. En época bien difícil, cuando de 1820 al 23 la reacción amenazaba furiosa, las Cortes rechazaron la suspensión de garantías, y el Gobierno de los siete patriotas (ahora hace muy distinguido reírse de Everisto San Miguel porque puso letra al himno de Riego) devolvió sin sancionar el decreto sobre conspiradores. Años antes Martínez de la Rosa había dicho al que proponía que se asignase un premio á quien descubriese á los agresores del diputado Antillon: «Importa menos que se oculte el crimen en la obscuridad, que irle á buscar con los pérfidos lazos de la capciosidad y el espionaje». Cien ejemplos más podrían traerle que no recuerdo.

Ahora el Sr. Arlegui se queja de las formalidades judiciales, y á todo el mundo le parece tan bien.

El Estado ya no usa Constitución: usa carnet de la secreta.

Colores siniestros

El empeño de conquistar á Marruecos sacrificando vidas y derrochando millones, no tiene comparación con el que ponemos los españoles en conquistar el Cielo. Para dar una pequeña idea de lo grande que es, léase este telegrama, fechado el día 4 en Bilbao, hablando del traslado de la reliquia de San Ignacio:

«La reliquia llegó á las seis y cuarenta de la tarde. Venía precedida de un auto con varios sacerdotes y un redactor de *La Gaceta del Norte*. Detrás, otro auto con diputados provinciales. A continuación, en otro auto venían el obispo, que llevaba la reliquia, con su capellán. Este auto iba por dentro cubierto de rojo y alumbrado por una luz del mismo color.

La reliquia iba guardada en una especie de custodia de oro, con la cual se bendecía á los millares de almas que se congregaron en las calles.

Detrás iba, en otro coche, el presidente de la Diputación, representantes del Ayuntamiento de Durango, y así hasta cien autos móviles.

La comitiva se dirigió á la iglesia de los Jesuitas, engalanada también de rojo.

Al entrar en la iglesia, la Banda Municipal interpretó la *Marcha Real*, y dentro, el órgano tocó la *Marcha de San Ignacio*.

El ir cubierto de rojo el auto en que iba la reliquia, y al unísono con luz roja, pareceme un símbolo de la situación actual de España, en que predominan ese color y el negro.

Rojo de sangre el suelo de Marruecos, y rojos de llorar los ojos de las madres españolas!

Negros los trajes y los corazones de esas madres, y negros los rostros de los que celebran fiestas en estos momentos angustiosos para la patria!

Procesiones suntuosas y combates sangrientos!

Humo de pólvora en el espacio y humo de incienso en las raves de los templos!

Cornetas resonando belicosas, y órganos deleitando oídos de creyentes!

Huesos inssepultos de millares de soldados y adoración de huesos de santos!

Mientras esos dos colores sigan predominando, España irá de mal en peor.

Gobardía inexplicable

A veces me pregunto:

«¿Cuántos centros anticlericales racionalistas, librepensadores hay en España?

«¿Cuántas logias masónicas existen?

«¿Cuántos oradores y escritores que no creen en el catolicismo?

«¿Cuántos hombres inteligentes que consideran al clero como una vasta asociación de acaparadores improductivos?

«¿Cuántos ciudadanos convencidos de la influencia deletérea y nefasta que ejerce la Iglesia sobre los destinos del pueblo?

«¿Cuántos eprítus emancipados que entre teocracia y democracia prefieren la última?

«¿Cuántos ateos, materialistas, positivistas, que ven en el clericalismo un obstáculo poderoso para la emancipación moral y material del proletariado?»

Y me contesto:

Es incalculable el número. Y sin em-

bargo, cada día se va España más dominada por el clericalismo, más humillada, más explotada.

Unidos para combatirlo las fuerzas citadas, serían invencibles; no habría otras que las contrarrestaran, ni barreras que las contuviesen.

Pero ha llegado á tal punto nuestra cobardía, que supera á la de aquellas cuadrillas de segadores que con las guadañas al hombro y las hoces al cinto, se dejaron robar los ahorros por dos hombres desarmados, disculpándose luego con esta frase: ¡Ibanos solos!

Propaganda clerical

¡Recibo una *Hojita* de esas que reparten contentamente los católicos contra la que llama *Mala Prensa*, y que dice así:

"CARTA ABIERTA

llena no tanto de poesía cuanto de entereza cristiana, que resalta en todos sus versos.

SRA. D.^a NICOLASA X.

Aver estabas en tu casa, Nicolasa, y supe con gran rabor (¡qué dolor!) que tu hija Teresita, tan modesta, tan santita, tan piadosa, tan formal, no sabe echar un remiendo, pues pasa el tiempo leyendo novelas de *El Imparcial* (¡qué inocencia!), y de *La Correspondencia*. (¡N! está mal)

Nicolasa, eso de la raya pasa. ¿Quién no pierde los estribos al ver que los «rotativos» entran en casa decente y que se dice piadosa?

Francamente, debo decirte una cosa: hasta ayer yo fui tu amiga, te di ayer mi último abrazo, pues de amistad rompí el lazo y ya nada á tí me liga. No me vergües con canciones, de tus muchas devociones, confesiones generales y visitas á Hospitales...

¡Tentería! ¡Vete á contarlo á tu tía! No creo en la religión de quien protege á sectarios. ¡Quiera Dios que esos diarios no sean tu perdición! Reniego de tu pietismo y tu enemistad prefero, pues haces con tu dinero la guerra al catolicismo.—Blanca.

PERIÓDICOS

cuya lectura, suscripción y anuncios debe abominar todo fiel cristiano por malos y prohibidos

1.º Todos los periódicos que atacan la decencia, la moralidad ó la religión.

2.º Todos los periódicos hostiles á la

Iglesia ó á sus leyes, instituciones ó enseñanzas.

3.º Todos los periódicos que se llaman ó son liberales, y los diarios neutros ó simpatizantes indiferentes ó malos para lo que favorece á la Iglesia.

Los periódicos comprendidos en estas tres categorías deben rechazarse decididamente, aun cuando á veces, y aun en temporadas, tengan ataques de sentido común y quieran pasar por sensatos y aun que traigan de vez en cuando artículos que podrían figurar en cualquier diario católico.

En la imposibilidad de nombrar uno por uno todos los malos periódicos comprendidos en las precedentes normas, consignamos, como muestra, los siguientes diarios:

Entre los varios de Madrid que cite, figuran: *El Liberal*, el *Heraldo*, el *Diario Universal*, el *Imparcial*, *La Correspondencia*, el *A B C*, *La Epoca*.

D.º provincias cita 44, y añade á continuación:

«Contra todos esos periódicos, tenemos bien presente, vuestra conciencia de cristianos os obliga:

- 1.º A no leerlos, ni aun las noticias.
- 2.º A no suscribirlos.
- 3.º A no comprarlos, ni para el escudero.
- 4.º A no encargirles vuestros anuncios.
- 5.º Ni mucho menos vuestras esquelas.

El día que todos los católicos llevemos esos sagrados deberes, tengamos la seguridad de que habremos dado ya la puntilla á esos condenados diarios.

Afortunadamente, el litigio en que hasta ahora habíamos vivido con respecto á este asunto, está ya en vías de desaparecer.

Pidamos á Dios que envíe sobre tanto papelucho el fuego de Sodoma, y que no haya cristiano tan degenerado que haga paces ó amistades con los enemigos de su fe.»

Ni aun viendo que para exterminarlos piden los clericales precisamente el fuego de Sodoma, se deciden los periódicos aludidos á volver por su honor, combatiendo al clericalismo.

Admiro la paciencia y manseñumbre con que soportan sin chistar esos dicterios, que no se compadecen con lo que solemos llamar orgullosamente la dignidad de la Prensa; pero me siento cada día menos dispuesto á imitarlos, aun convencido de que por seguir este camino se ha quedado *El Motin* como el gallo de *Merón*.

Y para demostrar que, aunque sin plumas siga cacareando, me ocupo á continuación de un asunto que merecería la pena de que lo airearan todos los periódicos anatematizados por el clero y la beataría, no sólo mirando por la salud de aquellos de sus lectores que padezcan de *artritis*, sino por facilitarles un medio seguro de acabar con la *polilla* que tantos estragos causa en las prendas de vestir y en las de cama, y lo que vale más todavía, para enterar á sus lectoras de la mejor manera de alcanzar la bienaventuranza eterna, y que consiste en regalar sus pendientes, si son de oro, á los frailes.

Atención, pues.

¿Ande el saqueo!

Me han enviado de La Coruña el número 18 de la Revista de los Padres Salesianos, que viene á ser una especie de *cepillo* que limpia más que la lejía. Ocho páginas pequeñas, pero bien aprovechables. Como que no cabe mayor aprovechamiento.

En estas páginas se pide para la Santísima Virgen y para las escuelas; á un maestro de obras se le agradece el regalo de un púlpito en nombre de María Auxiliadora, y poco más allá se hace del comulgatorio necesario y de la indispensable barandilla, y se anuncia una rifa y se recomienda la adquisición de muchas pañoletas. Hasta al Ayuntamiento se le pide el arreglo de una sacra.

A una pobre sirvienta que regaló á Jesús Sacramento los arcos de oro, se le asegura que esto «sa e o ar para el cielo en donde ni el orín los ataca ni los ladrones los roban».

Y ahora viene el argumento migro á favor de esos «flores que aseguran muy psicológicamente que» hay problema clerical en España. Lesa, lesa:

"MARAVILLOSO INVENTO CONTRA LAS POLILLAS

¿Queréis preservar vuestros muebles, camas, sillas, mantas, colchones, alfombras etc., que quizá se va la causa de que se apolillen otros nuevos? En la Fábrica de Cristales tienen los Padres Salesianos unos polvos maravillosos. Llevadas allí, dejadlos para su uso, y veréis preservado todo lo nuevo que tengáis en casa.»

Dejándolas para uso de los frailes, se evita la destrucción de las prendas que se compran. Pero así como en la leyenda del ave fénix se dice que resurge de sus cenizas más potente si cabe, de una molesta y casera polilla renace la clerical, que es ya cosa mayor.

Queda aún otro descubrimiento más maravilloso, que brindo á los médicos españoles por lo que puede restarles de parroquia, y á la medicina mundial por la revolución que significa en la ciencia curativa. Véase la clase:

"¡NO MAS ARTRITISMO!

- ¿Padece usted reuma?
- Sí, padre.
- ¿Verdad que los dedos de las manos le hacen sufrir mucho?
- Véalos como están.
- ¿Querrá usted curar?
- Sí, padre, aunque tuviera que gastar la mitad de mi fortuna.

Con mucho menos se cura usted. Quitese esas sortijas, mándelas para la custodia de Jesús Sacramento, y ese sacrificio curará su alma y su cuerpo.»

Si no estuviera yo convencido de que, según se afirma ahí, es verdaderamente Jesús Sacramento el que se aprovecha de esas sortijas, diría que existe en todo eso un olorancio á estufa que tira de espaldas. Pero, claro, tratanse de quien se trata y actuando como mediadores los Padres Salesianos, no puedo ni suponerlo.

Y si lo supusiera, me expondría á quedar en ridículo ante este pueblo, que si ayer fué liberal, hoy no es ya ni digao siquiera.

Una observación.

Si esto ocurre en La Coruña, una de

las ciudades que figuran entre las más ilustradas, ¿a qué no se atreverán los clericales en los pueblos y aldeas?

¡Y aun hay politicastros que niegan que en España exista problema clerical, porque ellos han resuelto sin reparar en medios el eco tónico!

Cosas de ellos

El Látigo Rojo de Jaén publica en el número del 2 del corriente una comunicación con la firma J. Serrano, en el que éste dice, que el 27 de Agosto fue su señora, de 42 años y enfermisa, a cumplir sus deberes religiosos á la Catedral; que le subió al piso una sochantre y comenzó á piropoarla; que en aquel momento pasó un sacerdote, al cual se quejó la señora, sin que él se dignara reprender al galanteador, ni éste se preocupara por la presencia de aquélla; y que ya dirá el nombre de uno y otro.

Comentando el hecho, al que calificaba de infame y criminal, dice **El Látigo Rojo** que el obispo no debe dejarlo sin castigo, y añade al final:

«¡Valientes s'averguenzas, y valiente langosta clerical la que arruina y denigra á España!»

Por la frecuencia con que se repiten casos de estos, me inclino á creer que quizás el olor á cera ó incienso produzcan efectos afrodisíacos. ¡Por que vaya si estaba en punto de caramelo el tal sochantre!

Si en vez de una mujer de edad madura, y además enfermisa, entra entonces una moza de quince á veinte, sana y robusta, es posible que las santas imágenes hubieran tenido que cerrar avergonzadas los ojos para no ver una sacrilega parodia de la escena de la manzana en el Paraíso.

Del sacerdote que no protestó del acto, nada digo; hay preceptos religiosos que lo disculpan: «No hagas con otro lo que no quieras que hagan contigo»; «sufre con paciencia las flaquezas y debilidades del prójimo», etcétera, etc., preceptos coreados por adagios y dichos profanos, tales como: «lo que no has de comer, déjalo comer» y «hoy por tí, mañana por mí»; etcétera, etc.

De balcón á balcón

—¡Buenos días, vecinal! Pero ¿dónde estuvo usted metida ayer que no la ví en toda la tarde?

—Hija, lavando como una desesperada. Tenía un montón de ropa como una montaña. Lo que rompen, lo que estropean y ensucian estos hijos, sólo Dios lo sabe. ¡Ya tenemos buena cruz las casadas, yal!

—Por eso dice el adagio que somos criadas sin sueldo... Quebraderos de cabeza cuando los hijos son pequeños, y más quebraderos si son grandes... Cuando veo á las solteras andar como locas tras de los

hombres, siempre digo: Ya me lo dirás al año de casada...

—¡Todas hemos hecho lo mismo. Y además, que si no fuera así, se acabaría el mundo...

—¡C! No lo crea usted. Nunca faltan voluntarios para esto... Y si no que lo diga esa del este.

—¿Cuál?

—A ¡qué rubia del sombrero que va todos los días á la compra á las doce.

—¡Pero usted cree que será verdad lo que dicen?

—¡Que inocente es usted! Si eso está más claro que el agua... Dices que el día la mercería la paga el piso y que es un entrar y salir de hombres que me da miedo.

—¡Pero ¿vergüenza!

—Y ¿ganas de dinero, no crea usted que platis.

—Pues, hija, poco se la conoce, porque en la panadería debe más de un mes de pan y en la tienda lleva libreta para ella sola. ¡Siempre de fiato!

—E, que esas cosas son unas d'errochonas y con nalatien no bastan... Pero fíjese usted en el lujo que se lleva y en las sortijas que luce. Lleva el pan de una familia en cada dedo.

—¿E! ¿verdad que á la chica de la portera del 9 la ha dejado el novio?

—Sí, señora, y ha hecho muy bien. A ella le gustaba estar de palique con todo el mundo y siempre de retortos con el cartero, y el novio ha dicho que él no pasaba por eso y ha cortado en seco.

—Esa chica nunca me dió á mí muy buena espina.

—A ¡má! dicen que si tuvo ó no tuvo con un sargento de caballería...

—¡Vilgame Dios! ¡C! No están las jovencitas de hoy día! ¿Me usted, cuando yo me casé tenía una vida en los ojos, y cuando el día de la boda me ví sola con mi marido, lo primero que se me ocurrió fué echarme á llorar...

—¿Y yo? Como siempre había dormido con mi madre, pues empujé la estiba aquella noche en firme á su cama. ¡No se reía poco mi marido!

—¡Ay, hija! Es que como nosotras hay pocas... Y hablando de todo un poco ¿qué quidó lo de doña Aurora?

—Pues en que la deja el marido; si tiene razón ó no, yo no lo sé, y Dios me perdone si hago un juicio temerario; pero la tal doña Aurora, y que mis palabras no la ofendan, me parece una pizra de cuenta... Hija, es una debilidad como otra, pero le gustan todos los hombres, menos su marido.

—Sí que es desgracia...

—Con el mío quisiera hacer cucamonas una noche en la zapatería; pero le solté cuatro indirectas de las que yo acostumbro y apagó los fuegos.

—No, hija, no; los hombres no son como nosotras; en cuanto ven una cosa fácil se les encandilan los ojos... Por supuesto, que yo no me resignaría como esa pobre de Enriqueta, que está siendo una mártir...

Me re usted, sólo de pensarlo me pongo frenética; si á mí me pasa lo que á ella, le juro á usted que mi marido no vuelve á ser hombre en su vida. ¡Por casual!

—¡Av, por Dios! No diga usted disparates... ¡Ha visto usted quien ha salido ahora del portal?

—No.

—La del principal; esa viuda americana... Me parece á mí que esa también se las trae... ¡Hay cada lagartija!

—Pues no vale ni lo que costó el bautizarla.

—Pues trae de cabeza á más de cuatro, uno de ellos nuestro casero.

—¡Miren el viejo verde!

—Hija, la ha empapado la sala y el gabinete y dicen que le va á poner baño, y todo sin aumento de alquiler.

—Calle usted, porque se ven unas cosas que casi da asco ser honrada. Dos años llevo yo en el piso y no he podido conseguir que me pongan ni un ladrillo...

—Mire usted quién sale al balcón, la santarrana del 11.

—¡Otra que tal bulit! Con su tipo de moquita muertita me da callando... Creo que está de trampas hasta el moño... Y eso que la protege un canaigo... ¡El jefe!

—¡Si la digo á usted que se va cada fol... ¡Qué horror! ¡Hala!

—Llévete... Me voy; todavía tengo las caderas para llevar.

—Y yo voy á echar la patata al puchero, que ese se planta a pal á las doce y media, y si no está la comida a punto me arman un escándalo.

—Ya hablaremos á la tarde mis despidos.

—¡Hasta luego!

—¡Hasta después!

FRAY GERÓNIMO

LA MUJER ESPAÑOLA, ES RELIGIOSA

A esta pregunta se contestará sí ó no, según lo que se entienda por religión; conforma la entente la autora del artículo, no viciada en responder negativamente.

La mujer española es devota, buena, sumisa; el culto al rito sacerdotal, la forma, lo son casi todo para ella, dejando muy poco lugar para el fondo, para lo profundo, para el elevado, para lo íntimo, que constituye verdaderamente la religión. El culto es como un espejismo que distrae el alma de la ocasión en que vive nuestras maj res.

Esta disposición aumenta los inconvenientes de la preponderancia autoritaria sobre la razón; da lugar sobre lo sublime; de lo exterior sobre lo íntimo; de modo que la fe pesa apenas en el espíritu, y no sólo contribuya poco á la perfección, sino que en algunos casos sirve de anestésico á la conciencia, como con mucha propiedad se ha dicho.

Siguramente nuestra feiza para el cumplimiento del deber no es infinita, y la que empleamos en casos perjurales es infinitamente avara; faltarnos para los útiles es importante; y así se ven muchas veces á la mujer sacrificar lo esencial á lo necesario, sacrificar mucho de puerilidades devotas y poco de deberes sagrados. Cuando se considera que la predicación y enseñanza de Jesús fué enteramente moral, y la poca influencia moral que la religión tiene en la vida de la mujer, ilga en ocasiones hasta ocurrir la duda de si es cristiana.

La dictadura espiritual del catolicismo con la inflexibilidad del acierto y la minuciosidad de las reglas, disciplina las colectividades de modo que no deja espacio para que se desarrolle la personalidad de los individuos; religiosos, hacen, dicen, piensan lo mismo, y parecen contrarios conformes á la misma plantilla; la invariabilidad de ésta aunada con la ignorancia de los que se apegan á ella, y parece que llega á su máximo en la mujer española. Estándola en todos los grados de la escala social, en el vicio, en el delito, en la honradez y en la virtud,

admira la semejanza religiosa (levets) en medio de tan esenciales diferencias; y como la pobre heraspiña y la gran señora, la prostituta y la hermana de la caridad, creen que la religión es el culto, es igualar lo accesorio. Afe dan la preferencia sobre lo esencial. Por encima de las creencias, hay en una el pecado y en otras la virtud; pero como si en medio hubiese una zona religiosa neutral, moralmente hablando, criaturas perversas no se tiran ni son consideradas como ímpias. La adúltera, en el hogar que manchó; la prostituta, en la casa infame; la delincuente, en la prisión, sin estar arrepentidas, son devotas, y esperan el cielo, rode de la ermienda, sino de prácticas exteriores, fáciles por lo común y aun atractivas, de vulgarizaciones y crónicas a indulgencias que se aplican, y cuyo mérito exageran hasta que queda enjil el que las falta.

que pueda sufrir el que las visita.

En las mujeres que se casaron con D'os, como ellas dicen, se ve que la terdencia á la exterioridad y á la devoción prevalece sobre la moral íntima, aun mas en la clase media y elevada, que en el pueblo. A él pertenecen las Hermanas de la Caridad, con raras excepciones, mientras las señoras se hacen monjas ó *adoratrices*; y si bien éstas procuran corregir á mujeres extraviadas, la mayor parte de su vida la absorbe el culto y la contemplación, sin tener a que, dicho sea de paso, no es muy eficaz para regenerar las pecadoras que reciben. De aquí resultan dos males: que una gran parte de fuerza se le utiliza para la obra social, y que en las ciñididades religiosas que contribuyen á formar á ellas, como las hijas de San Vicente de Púli, las Tricerías, e. c., se echa de menos la cultura que, siquiera en las formas, los pedirían llevar á estas instituciones muchas de las jóvenes que se educian en los conventos.

El clero, en general muy ignorante, no quiere la mujer instruida, y por inclinación, por instinto, ó por cálculo, es mejor auxiliar para mantenerla en la ignorancia que para instruirlas.

Lo dicho, como regla, tiene excepciones muy honrosas; y tanto más dignas de aprecio y aun de respeto, cuanto que en este asunto lo que en otras países es sencillo y fácil, es difícil y mentosiro en España.

CONCEPCIÓN ARENAL

Los charadistas

—Comparito, vaya una copa.
—Venga, compare.
—Ahí va. ¡Pero hombre, que se va á errame!
—¿Eh?
—Que acabe usted de una ve con el papé ese.
—¡Compare!
—Sí, hombre, pues paece que se está usted aprendiendo de memoria el periódico.
—Higa tísté el favó de callarse una mijita. Ya sé cual es la quinta.
—¿Que sal e tísté cual es la quinta? Bueno, pues cuando salga usted de quinta hablérame.
—¡Chil...
—¡Compare! ¿Se quié usted está quieto?
—P. ro...
—Na, que está usted dando más salto que un colamá cuando lo frien.
—¡Olé ¡olé!

—¿Qué, le ha hecho a usted gracia?
—¡A! el hombre! Que ya está aquí.
—¿Quién?
—La electricidad!
—¿Eh?
—Ná, hombre, que ese es el tío de la charra: Electricidad. Eso es: E-lec-tri-ci-dad.
—Así daba usted tantos saltos, con la electricidad.
—¡Cmpare!
—Pó sí paicia usted un Guan de las Viñas.
—No vale ofendé, compare.
—Yo no le quiero ofendé a usted, pero que da fatiga de ver a un hombre con más edad que el tío é la lista. Calentándose los casaca pa una tertulia como esa.
—¡Cmpare! ¿Qué es eso de casaca?
—L' es de la cabeza.
—¡Ah!
—Sí, señó. Porque antes de poner-se á acertar cosas de esas, debe usted tollarse en la gramática.
—Cmpare. Pus si yo hago las charas.
—¿Que usted las hace?
—Sí, señó.
—Pero compare, si usted no sabe ni acertarlas.
—¿Que ró?
—No señó. A vé si me divjina usted esta. Mistela. La primera, media madre de un chiquico ce un río. La segunda, media fló de un vaye. El tío, un como que sué m nombre. Si la ciencia tité le paga una cepa.
—¡Cmpare, me doy por muertol
—¿Ve está cómo no entiende ná de esto? Mario.
—¿Cómo!
—Por mi rencillo. Media madre, may media fló, río, de linic; y el tío, Mario.
—¡Ah!
—¿Está usted viendo? ¡Y éice que hace charas, y es más torpe que Gale!
—No me y me tité torpe. Oiga esta mía, y si la ciencia, le está pagando copas tó lo que me resta de vía.
—Échela usted pa fuera, verá usted, cómo la acertó.
—Mucho ojo. L' primera es un viento.
—Está bien. Siga usted.
—La segunda, pa encalá. ¡Cmprende usted, compare?
—Sí, señó.
—Primera y segunda mu dulce, mu dulce...
—Bueno.
—La tercera, mu salso. El tío es un cumplio.
—Vamos á vé. Creo que ya la tengo.
—¡A que nci!
—¡L' primera un viento? El Sú.
—¡Cabale!
—¡La segunda pa encalá? La bin.
—Má bien, ¡Y el tío?
—Espérese usted; compare, que ese es el que no me sale.
—¡Pero, compare! Fijese usted bien. El tío es un cumplio.
—Vamo, que me doy por cachifoyao.
—Su casa.
—¿eh?
—Su casa, si señó.
—Pero...
—Vera usted. La primera, un viento: el Sú. L' segundo, la Cá.
—¡Pero, no decia usted que mu dulce?
—¡Cmpare! ¡Aha visto usted y más curro que la suca? Y el tío. Su casa. ¡Torpe!
—¡Torpe! ¿Que lo maten a usted y que lo veyen al colegio!

R. DE SANTA ANA

UNA DUDA

Se levanta á las seis de la mañana
y luego reza una oración cristiana,
y vistiéndose aprisa
se va corriendo á la primera misa.

Por la calle no mira á las mujeres,
pues son para él diablos estos séres.
Lo que come bendice con unción
por temor á una mala digestión.

Los ratos de reposo
lee algún libro simple y religioso,
y aprende cada día de memoria
una jaculatoria.

Pasa ayunando la cuaresma entora
por más que de hambre desfallezca ó muera.

Y así, sin sufrir nunca desengaños,
dura, ya que no vive, muchos años,
y así se sacrifica y martiriza
y su pecho á puñadas descuartiza,
para hallar en el cielo su consuelo.

¿Y si luego resulta que no hay cielo?

JOAQUIN M. BARTRINA

Un viticultor bastante despreocupado sorprende al cura del pueblo cortando un racimo en una viñas.

—Padre— le dice:— «El décimo no codiciar los bienes ajenos.»

—Precisamente para cumplir el precepto— responde el padre con gravedad,—no los ceduo, sino que me los aprecio.

—¿Cuántas son las personas de la Santísima Trinidad?— preguntaba á un chico el cura de un pueblo donde había un convento con trece trinitarios.

—Trece— respondió el muchacho—,
y á todos las lava mi madre la ropa.

—¿Esos serán los frailes de la Trinidad?

— ¡Ah! ¡Pues yo creía que los frailes
eran personas!

—¿Dónde fue José al salir huyendo de casa de Putifar?

— Puesto que se dejó allí la capa, iría probablemente á algun almacén de ropas hechas para proveerse de otra.

EL MOTIN

PERIODICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52. MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid: 1'50 pesetas trimestre. 3 semestres; 5 año.—Provincias: 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Utramar y Extranjero: 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales: 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Imp. Juan Pérez. - Paseo de Valdecilla. 2. - Madrid.